

Benjamín Subercaseaux

Daniel, niño de lluvia

«Le corps se protege mieux contre le monde cosmique que la conscience contre le monde psychologique».

Alexis Carrel.

IV

En la vida de Daniel llegó un día en que la pereza habitual, los juegos consentidos y las regalías antojadizas se vieron bruscamente interrumpidas por la campanilla del despertador. Irrumpió en el sueño tan a destiempo como si fuera la medianoche. Vino el despertar doloroso, la entrada brusca en el ambiente exterior, el desayuno tomado a la ligera, la inquietud en el vientre que es dolor, disgusto y temor a la vez, y por fin, la salida, a prisa, a medio peinar, cargado de libros por las calles desiertas tapadas de niebla.

Ir al colegio por primera vez es algo importante para un niño de éstos; llevan la boca seca y el corazón les hormiguea en el pecho. A Daniel le ocurrió esta vez como le ocurría en todas las cosas: pensó que era mucho más difícil ingresar a las aulas, que habría inscripciones, trámites, demoras. En el fondo, esta idea lo tranquilizaba porque le parecía poco probable que el tiempo sobrara para entrar a clase y para ser interrogado.

Llegó a la escuela y se presentó al Rector. La acogida fué

amable, pero firme, con cierta retractación sobre la actitud de la víspera. El día anterior habían venido, él y su madre, para informarse del reglamento y de los últimos trámites. Ahí, en el salón rojo, frente a un enorme Cristo de mármol el Rector se había presentado luciendo sus mejores galas. Ahora parecía decirle: «No me crea, todo fué una comedia. Ya le diremos lo que hay en realidad».

Esta realidad la apresuró el Rector en forma alarmante. «Sígame...» le dijo, después de hacerle dos o tres advertencias terminantes sobre su conducta en el establecimiento.

—¡Cómo! ¿Lo llevaban a clase ya?—Tímidamente insinuó la pregunta.—Pero... naturalmente. ¿Para qué cree entonces que ha venido, hijo mío?

Torcieron por tantos corredores que Daniel no habría sabido volverse solo. De pronto el Rector se detuvo frente a una puerta y entró. Daniel por poco sigue de largo. La clase se puso de pie. Dirigiéndose al sacerdote que los cuidaba:

—Padre—le dijo—aquí le presento a un nuevo alumno...— y se volvió a la derecha para hacer avanzar a Daniel. Daniel estaba a la izquierda.—Sí... precisamente... este niño—dijo al verlo, por fin:—Excelente alumno... espero que se conducirá bien.

El profesor saludó y sin soltarle la mano lo condujo a la banca que debía ocupar. Los muchachos miraban con curiosidad. Algunos cuchicheaban. Una sola mirada del Rector cubrió la sala de una onda de frío; se subió el manteo y salió dignamente. El último signo de contención antes de reanudar los murmullos, fué la suela de su ancho zapato sacerdotal que se mostró un instante en las gradas de la puerta. Después volvió la marea sonora y la voz angustiada del maestro: ¡Silencio, señores! ¡Silencio! A ver, usted siga leyendo la lección.

Un alumno se puso de pie y continuó: «*Curious looking animals are the zebra, the hippopotamus and the kangaroo...*»

* * *

Vino el recreo.

La clase de inglés fué larga, interminable. Al final, cuando ya se creía libre, ocurrió lo que temía: lo interrogaron y tuvo que ponerse de pie frente a los muchachos para leer.

No lo hizo tan mal. En el terreno del conocimiento, de las ideas, él sabía defenderse; se atemorizaba en un comienzo, pero luego ese mismo temor le iba despertando el atrevimiento, comunicándole una especie de embriaguez a la inteligencia que se desperezaba y cogía un vuelo tan alto que hasta para él constituía una sorpresa.

No habría podido decir otro tanto del recreo. Instintivamente le venía a la memoria la imagen de aquellos niños insolentes que lo torturaban en la fiesta de su infancia. Es verdad que éstos eran más comedidos, pero, aun así, cuánto doblez en sus intenciones, cómo rebozaban de egoísmo para con el colegial novicio: «Allá verás tú como te las arreglas». Por fin, la misma manía utilitaria, atesoradora: se desvivían por unas bolitas de cristal que hacían rodar por la tierra húmeda y pisoteada del patio; las coleccionaban con fruición esas pelotitas transparentes llenas de inclusiones multicolores, como las jaleas de la abuela; las lanzaban con gozo sus pequeñas manos ágiles y maliciosas que, para Daniel, estaban rodeadas de un halo de obscenidad, de mugre y de tinta verde. Esta impresión era más fuerte que él; las manos de los colegiales se le antojaban tan indecentes como otras partes del cuerpo que las gentes consideran así; desde aquella manera canallesca y desganada de abrirlas para expresar un gesto lascivo; el abandono que ponen para llevarlas a las narices u otras partes vedadas, hasta el modo suave y acariciador que tienen para cogerse de las gruesas cuerdas del gimnasio, todo le parecía preñado de intenciones muy ajenas al sano espíritu familiar en que había vivido hasta entonces.

Daniel los miraba jugar, apoyado tristemente en la muralla del patio. En el segundo recreo, solamente, descubrió a otros niños como él que sólo sabían mirar. Se acercó y les habló. Pronto conversaron con animación y se hicieron amigos.

Para Daniel, la frase «hacerse amigos» le sonaba falsa frente a estos nuevos conocidos excesivamente graves y conscientes, provisto de anteojos y casi todos, de una fealdad notoria. El hubiera querido ser amigo de «los otros», esos barrabases sucios que jugaban a la pelota o se dislocaban en la barra haciendo «la palomita». Pero era difícil; habría tenido que hacer otro tanto y le parecía imposible sobrevivir a la vergüenza de un fracaso.

Y Daniel suspiraba, procurando olvidar estas cosas con el estudio. Sonaba la campana y entraban a clase. Allí en la sala fría, subían las exhalaciones de los cuerpos agitados, ardientes, como un vaho de humanidad que turbaba el espíritu. Miraba de soslayo, nuestro niño, aparentando sumirse en la lectura, y veía correr el sudor por la mejilla de su compañero: una huella negra de polvo y desaseo sobre la piel congestionada y exuberante. Se decía, entonces, con austeridad que los «otros», los barrabases mal hablados que jugaban al fútbol y a la barra eran unos niños sucios e inmorales que no convenía frecuentar; no obstante, seguía preguntándose por qué, a pesar de todo, le parecían envidiables.

V

Mon Dieu, mon Dieu, la vie est là,
Simple et tranquille.
Cette paisible rumeur-là Vient de la
ville.

Verlaine.

Hubo aquí un cambio de casa—la expresión es insuficiente—hubo un cambio de domicilio, de barrio, de familia, de

costumbres: otra vida para Daniel. Dejemos de lado las razones que motivaron este trastorno; los niños no viven de razones sino de sentimientos: viven de vida.

Una mañana, muy temprano—fué durante las vacaciones, en Enero—nuestro personaje se levantó angustiado y miró por última vez la vieja casona de la abuela donde por espacio de diez años se le había deslizado la vida tan suavemente. Siempre fiel, con los tres patios y sus palmeras desvencijadas, iba recibiendo el sol matinal en niveles progresivos que subían como una marea de luz. A las siete, ya comenzaba a iluminar la tercera palmera frente a su ventana; matemáticamente había sido así todos los días de su vida, salvo el atraso de los inviernos. A esa hora él solía abrir las puertas que daban al patio, y el aire pesado de la pieza se escapaba en grandes fardos de algodón, empujados por el torrente cristalino del alba. Aquel día salió como de costumbre. Todo estaba alegre; él, muy triste. La casa repetía el decorado habitual con cierto cansancio bondadoso, pero, al mismo tiempo, rebelde a todo intento de variación. ¡Ah, los hombres pasan mucho más de prisa! Ellos que se creen eternos, pasan. Ahora lo veía bien claro Daniel. Las cosas, las humildes cosas, ellas, permanecen y lo miran alejarse con cierta sonrisa interior.

Daniel se quedó un rato mirando las cornisas, el cielo azul, la teja jibosa que tanto lo atemorizaba cuando pequeño, y volvió las espaldas para no pensar más. Era hora de irse; mientras más pronto, mejor. Tomó en brazos al fox-terrier (¡Cómo pudimos olvidar que Daniel tenía un perro!) y subió rápidamente al coche americano seguido por la sirvienta. Ya arriba, hubieron de bajar otra vez para arrodillarse en la acera: pasaba en ese instante, con gran estrépito de campanillas, el viejo coupé del Santísimo. Daniel se inclinó, mientras procuraba tranquilizar al perro que ya levantaba la pata aprovechando de la holganza.

Pasó y dobló la esquina el Carro de los Angeles. Su cam-

panilleo se perdió en el recuerdo de las pinturas que adornaban las portezuelas y la esclavina del cochero, demasiado blanca para sus labios gruesos y su pelo tieso y negro.

Tenía algo de ensueño esa mudanza de Daniel, tan sólo a esas horas tempranas, hacia un barrio tan lejano, casi un campo en aquel entonces. En el asiento de atrás iban él y su perro; al frente, la sirvienta y el saco de ropa. Más allá, a través del vidrio, la espalda del cochero, la grupa de los alazanes y la cordillera brumosa, al fondo.

Subían por la avenida Providencia.

La ventanilla abierta dejaba pasar el aire fresco y el canto del río. Las sombras de los álamos cortaban rítmicamente el paisaje monótono del Tajamar. En partes, faltaba el muro y se podía ver entonces un brazo de río relumbrando a borbotones en su lecho de piedras y de sauces.

Siguieron avanzando así hasta Pedro de Valdivia, por un pavimento endiablado que sacudía el coche en grandes tumbos y molestaba sobremanera al perro, ya cansado de darse empujones sobre el hocico contra el vidrio de atrás.

* * *

Eran los amaneceres de Pedro de Valdivia la primera nota nueva en la nueva vida de Daniel. En esa quinta inmensa, el canto de los pájaros hacía las veces de un despertador capaz de infundir optimismo hasta a un colegial. Comenzaban las diucas en el gris azul del alba sus notitas breves, taimadas; algo muy fresco que habría podido oler a toronjil. Las seguían los chincoles y zorzales que daban la señal para el gran alboroto: el enjambre sonoro e invisible que sacudía las copas negras de los árboles. Daniel despertaba ya impaciente por ver salir el sol y así poder vestirse y correr afuera.

Las vacaciones en esta nueva vida eran, realmente, una delicia. Encerrado hasta entonces en la triste casona de la abue-

la, le quedaba un mundo por descubrir: el campo. En esa quinta pudo gozarlo a su antojo. La naturaleza fué para él el juguete de su segunda infancia, el pretexto que más tarde había de influir radicalmente en su vida. Desde que estuvo en posesión de la arboleda, de los vastos parrones, de los intrincados caminos del jardín, y sobre todo, del zoológico doméstico con su perrera, gallineros y conejería, el mundo de los hombres se le esfumó en el más completo desinterés. Durante años la presencia humana debía actuar en su vida como una intrusa, una «*trouble-fête*» incapaz de proporcionarle nada nuevo, sobre todo, nada agradable. ¿Quiénes eran *sus* seres humanos? El jardinero prosaico que cogía burdamente las matas pequeñas y las enterraba, quebrándoles las hojas y dejándolas medio cubiertas de tierra; o bien, el que lanzaba el chorro estúpido de la manguera sobre el rosal, haciéndolo llorar un torrente de pétalos blancos. ¿Los seres humanos? La sirvienta, por ejemplo (no la de la abuela: sirvienta de «*casa nueva*») que cumplía las consignas a la letra como paquetes hechos que no valía la pena desatar. ¿La familia? Otros paquetes hechos; éstos, imposibles de abrir; todos, gente ciega, incapaz de soñar, fabricantes de reprimendas, esas gotas de vejez que paralizan la alegría de los niños y los dejan un instante suspensos, preguntándose si vale la pena vivir.

Sí, la culpa la tuvo la naturaleza. Daniel en su antiguo medio habría desarrollado su astucia, su comprensión de los hombres (los hombres que comprenden a los hombres, no gustan de la *Historia Natural*), habría sabido vivir entre ellos. Aquí en el campo, poco dado como era a entrar en las vidas ajenas, prefirió alejarlas con horror o suplantadas con esa facilidad que tenía para ignorar todo lo que no le caía en gracia. Su individualismo y su desadaptación llegaron a constituir una segunda naturaleza donde la vida exterior se hartó del ritmo de las cosas y de su poesía, y la interior, del pensamiento íntimo y del aporte intelectual que le proporcionaron sus lectu-

ras. Caso curioso el suyo; se hermanaban en él la poesía y la ciencia. Mucho antes de comenzar estos estudios en el colegio, ya recorría el jardín consultando un libro de Botánica o se esforzaba en descubrir los amores de los conejos, esos misteriosos animales asexuados como ángeles... Hubo días en que corría descalzo por el pasto gozando del rocío de la mañana; tardes de verano en que se despojaba de sus ropas y con una ligera camisa de dormir, se paseaba por la arboleda con un Virgilio en la mano; la brisa se le colaba por las piernas acariciándole el cuerpo, y era una delicia sentirla tibia en los brazos y en los muslos y un poco más fría en aquellas partes de la piel que protege el vestido. Hubiera querido despojarse del todo, pero no se atrevía a hacerlo por la familia; además esa idea ya tenía otros alcances más profundos: una inquietud maravillosa que comenzaba a atormentarlo en cada partícula del cuerpo y que era preciso llevar a otra parte, lejos de los hombres, allá en plena naturaleza, donde la ley de su carne se confundía con aquella de las plantas y de las cosas.

Por esos años, como decíamos, se apasionó por la Botánica y la Zoología. La Biología humana, en cambio, lo dejaba indiferente. Continuación, sin duda, de la indiferencia básica que sentía por los hombres. Los animales, las plantas sí que lo intrigaban; veía cierto espíritu de aventura en arrancarles sus secretos, como un viaje en tierra ignota. El hombre, en cambio, admirado en el fondo como un «otro yo» al cual lo ligaba la fraternidad humana y un poco de su ardor adolescente, perdía su significado en el plano biológico. Lo impresionaba, sí, en el terreno aventurero, heroico. De la mujer no supo ni le importó nada a esa edad, como ocurre en todos los adolescentes que no han tenido tiempo para aprender a mentir. Ajenas a sus juegos e ideales de aventura, forzosamente masculinos; distanciadas por su espíritu de todos los estudios que comenzaban a apasionarle, y que en ellas, no habrían encontrado eco alguno; preocupadas de exterioridades y preponderancias sociales que le

causaban hilaridad, las mujeres no podían ocupar entonces el más pequeño sitio en el alma de Daniel. Cuando más, el que correspondía a sus parientes, primas y tías, pero esto ya era otro mundo: un «Estado Mayor» sin relación alguna con los juegos del «cuartel»; personajes de otro planeta; verdaderas excéntricas, llenas de autoridad.

Cuando más tarde (en las vacaciones de la costa, al año siguiente) se enamoró de una prima suya, Daniel se vió en aprietos para explicarse las causas que habían motivado esa explosión sentimental. La sensualidad estaba ausente; sólo sabía que la amaba ¡Oh, cuánto la amaba!... En realidad, comenzaba a amar al amor sin comprender que la persona es el pretexto de los ojos para dar rienda suelta a la vida; ella se posesiona del espíritu a su debido tiempo sin cambiar nada en lo demás, y es por esto que Daniel no habría podido comprender la entrada de la mujer en su vida, sin constatar al mismo tiempo que su adolescencia seguía igual.

En cambio, cuánto descubrimiento hizo en ese año, vi- viendo entre los prados y arboledas con el libro de Historia Natural que lo seguía por todas partes, como un breviario. Ya no había una hoja que no le entregara sus nervuras y sus estomas; una flor que no le enseñara sobre el sexo más que todos los tratados de moral. Sentía palpar la savia en las ye- mas de primavera y se entretenía en poner a prueba la memo- ria de las hormigas, colocándoles obstáculos para la vuelta al nido. Con los años, llegaron a serle tan familiares las leyes eternas que rigen a los seres; su mente llegó a comprender y prever tan bien las combinaciones sabias de lo inconsciente que, poco a poco, el mundo de los hombres y de sus mitos se le antojó una demencia peligrosa, o por lo menos, una majadería, hija de la ignorancia y de la maldad.

¡Qué difícil es llegar a educar a un niño así! ¡Elevarlo a la altura de la moral social, obligándolo a descender de sus prin- cipios eternos! Es sin duda, un caso único el suyo: corrupción

provocada por la verdad, que sólo puede corregir la educación asesorada por la mentira.

Dijimos que Daniel se había nutrido también de sus lecturas. ¿Cómo llegó a sus manos una obra literaria? Deberíamos repetir aquí esa historia misteriosa de la lectura espontánea. Así como Daniel aprendió a leer sin que se lo enseñaran, un día compró «Los Natchez» y un «Virgilio» sin que se lo aconsejaran. Ya había leído historias de Julio Verne y del Capitán Maine Reed. Virgilio era otra cosa—era él quien se lo decía—: la primera revelación de la belleza literaria para su instinto dormido.

Bajo los castaños inmensos; tendido sobre la hierba a la hora en que las cigarras dejan caer su lluvia sonora sobre la resolana verde, Daniel recitaba con devoción:

«Yo mismo cogeré para ti, los frutos blanquecinos, de tierno
(bozo,
Y las nueces de castaño que tanto amaba mi Amaryllis...».

Otras veces, después de comida, en aquel hall 1914, arrellanado en el confortable «Mapple» de cuero, al lado de los espantables «Rocking chair» y del escritorio de roble americano, se sumía en la lectura de «Los Natchez». Con los piernas arriba del mueble, desnudas y rasguñadas como troncos robustos que salían del pantalón demasiado corto y estrecho; con su mechón de pelo castaño sobre la frente contraída y algún dedo en la nariz, buscando no sé qué término a su impaciencia, se extasiaba sobre el libro, leyendo con avidez:

«¿Tienes un amigo?—decía el hermano de Celuta acercándose a él y mirándolo en los ojos: «No me vayas a mentir».—«Digo la verdad» respondió el Illinoia. «Pues bien—exclamó Utugamiz, botando su puñal, después de haber acercado a su oreja la cadenilla de oro—«pues bien»—agradece a este Manitú que acaba de ordenarme que no te mate; no se dirá jamás que

Utugamiz el Natchez, de la tribu de la Serpiente, halla separado nunca a dos amigos. ¿Qué sería de mí si tú me hubieras privado de René? ¡Ah! sería un pobre corzo solitario. ¿Ves joh, Illinoá! lo que pretendías hacer? Tu amigo habría quedado así. Y se hubiera ido sólo por el desierto murmurando tu nombre.

Daniel interrumpía la lectura y se quedaba meditando en el silencio del hall, frente al jardín obscuro.

La madre tejía al compás del Westminster, desgranando sus puntos como latidos.

—Ya es tarde, niño; ándate a acostar.

Daniel se levantaba rascándose la cabeza y se iba a la pieza pensando con satisfacción en la obscuridad de la cama que haría revivir, sólo para él, esos personajes tan queridos de «Los Natchez». Se desvestía lentamente, deteniéndose frente al espejo del ropero para informarse con minuciosidad de las novedades que la adolescencia iba aportando a su cuerpo fino y erecto, demasiado sensible, tal vez, en torno a las tetillas ardientes que volvía a contemplar, como en la infancia, con un vago sentimiento de pavor.

VI

Ils sont nullement dégoûtants, Messieurs, Mesdames, puisqu'ils ont été préservés dans la chaux, comme vous le voyez et depuis plus de cinq siècles... La chair a évidemment disparu... Seule la peau leur est restée après, mais elle est tannée... Ils sont nus, mais pas indécents.

Luis Ferdinand Céline.—«Voyage au bout de la nuit».

Dos largas filas de muchachos caminando en silencio. Entre ellas, tan pronto andando de frente como retrocediendo, los sacerdotes encargados de la vigilancia. Libreta en mano,

miraban por encima de los lentes, anotando cuidadosamente las faltas a la disciplina o los desacatos a la «moral». Así iba todo el Colegio a Misa, dividido por secciones. A veces, la marcha se hacía más lenta y las filas se estrechaban poniendo el pecho del que iba detrás en contacto con la espalda del que lo precedía; las bocas quedaban junto a los oídos: «Oye, pásale este papel al guatón Santelices», o bien: «Corre la bola de que nadie se siente en la clase del Gringo».

Entraban a la iglesia. De dos en dos doblaban la rodilla delante del altar y se iban a ocupar sus puestos en las bancas. Las miradas de los padres-inspectores cruzaban el ambiente como saetas.

Daniel era un muchacho educado. No habríamos podido afirmar si era piadoso. Es verdad que la ceremonia de la misa y de la comunión general tenía para él un sello de gravedad que ningún hombre decente podía desconocer. Allí dentro, en la media luz del templo rodeado de imágenes polvorientas que se destacaban penosamente en la penumbra de los altares laterales; frente a ese altar mayor resplandeciente de limpieza y de luz, él sentía un vago sentimiento de respeto. No era religión, todavía; menos cristianismo: nada sabía de la paternidad de Dios; el templo no representaba para él—como debía serlo—el hogar de la familia humana, cuna de fraternidad y de abandono; era algo terrible y augusto, lleno de zozobras e inquietudes; un lugar inviolable, donde los pensamientos y actitudes de los muchachos, comunes afuera, adquirían aquí dentro un carácter de profanación y ofensa.

Estos sacrilegios él los veía. No podía no verlos—ahí estaba lo grave—no podía no verlos, mientras los hombres entraran a los templos con algo más que sus espíritus.

Es cierto que algunas de estas faltas eran voluntarias y habrían podido no existir: las conversaciones y risas de los compañeros, que él acallaba con una mirada furibunda. Otras—esto le daba mucho que pensar—entraban al templo junto con

el polvo de los zapatos, y contra ellas, nada se podía hacer: eran la exuberancia propia de la juventud. Formado en un concepto estricto de la pureza, no concebía que las faltas a ella pudieran presentarse como una atmósfera vaga que acompaña naturalmente al florecer de la adolescencia. Todos esos niños reunidos en el local santo, inclinados en actitudes recogidas, no lograban convencerlo de lo que ya sabía sobre la propia cuenta de cada uno. Aquí como en clase, volvía a sentir esa emanación tibia que le recordaba el olor de los perros mojados, y se afligía por la turbación de su espíritu en un lugar tan santo. En seguida esas largas filas de «reconciliados», atendidos por los pacientes sacerdotes, allá en el extremo, eran otro motivo de escándalo. ¡Cómo! ¿Se habían confesado ayer y no pudieron reprimirse una noche? La fila era larga, tan larga como el templo... Daniel pensaba que, en un caso semejante, habría preferido no comulgar y confesarse en otra ocasión. Pero los «reconciliados», ellos, no tenían esos escrúpulos ni sufrían de sus vergüenzas. Allí se estaban, pálidos, embrutecidos, esperando pacientemente el turno o guiñando el ojo con malicia a los que estaban en las bancas. Daniel se distraía de la misa por mirarlos: el Rucio Canales, ese diablillo del tercero, le pasaba mensajes a los otros—¿Qué dirían?—usando como esquilas las hojas de su misal; allí estaba también el Mono Rodríguez, ese hombrote serio, de anchas espaldas, y Antonio el de las espinillas... En fin, este último—toda la clase lo sabía—: era un perdido. Se decía que tenía amores con una corista del Municipal. Hasta le habían salido espinillas...

El órgano comenzó a rugir en lo alto y la campanilla llamaba al recogimiento. Daniel con la cabeza inclinada trataba de orar en un diálogo que parecía interrogatorio. Incapaz de humillarse por ignorancia del verdadero sentido del pecado, se preguntaba desesperadamente por qué su Dios se empecinaba en no salirle al encuentro; peor aun, por qué se alejaba

a medida que él lo seguía. Sus estudios lo habían llevado a un terreno racionalista. Ahora su preocupación era la vida. Estaba allí, la vida ¡Qué hacerle! Dios debía aceptarla como era, o mejor, como él mismo la hizo. Una vez así se podría pensar en mejorar el espíritu. Pero esta lucha de sentimientos superpuestos y contradictorios, ese pasar del recreo desenfrenado a la reverencia del templo; de la tibieza de la cama a la reja de comunión, le parecía violento, sin solución de continuidad; un paréntesis de cielo en que se hacía un mal papel delante de Dios; sobre todo, abierto por un lado, como son los paréntesis, y cerrado por el otro. Vendría el desayuno, el primer recreo, muy contenidos todavía; ya para la tarde—quien sabe—algo menos... Mañana sería otra cosa: la licencia... y nuevas confesiones para el próximo domingo. Y todo esto con el cuerpo a cuestras, el suyo y el de los otros. ¡Qué absurdo!

El Rector se levantó y dió la clásica palmada. Daniel interrumpió su meditación para mirar. Del fondo del templo, en respuesta a la señal, avanzaron con paso seguro, las filas de los «grandes». Venían hacia el altar para recibir la Santa Comunión. Iban pasando rápido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Era hermoso verlos, grandes ya y fornidos; hombres que estudiaban hasta química y filosofía.—¡Gran prestigio!—Se volvía todo el Colegio para verlos pasar, serenos, puros, entre sus compañeritos infantiles que los miraban desde las bancas, desorientados ellos, sumidos todavía en la obscuridad de su adolescencia tumultuosa. Daniel sentía renacer la confianza: ¡Ellos si que eran dignos del Altísimo! ¡Ellos sabían «vencer al maligno»!

Cuando le vino el turno, procuró también marchar recto, con la frente alta. El corazón le latía con violencia y la cabeza le daba vueltas con el ayuno prolongado. No importaba, ellos, los grandes, lo precedían; ya de rodillas frente al altar, recibían ahora confiadamente el Pan de los Angeles y regresaban a sus bancas con el mismo paso triunfal. Daniel cayó de rodillas.

Sobre su lengua sintió el sabor fresco, casi perfumado del Pan Eucarístico. Hubo un instante fuera del tiempo en que se repetía el eco de las palabras litúrgicas: *Domine non sum dignus...* mientras se le desvanecían las dudas, las pasiones, sus temores. Al cabo de unos instantes sólo quedó el reposo en el que lo comprende todo; desde el comienzo, siempre, eternamente.

No logró, sin embargo, volver a su asiento con paso recio, victorioso. Su andar fué el de un sonámbulo, algo muy humilde y vacilante, como encorvado por el peso de su tesoro.

Al llegar a la banca, escondió la cabeza en el brazo y lloró suavemente; muy bajito, para no ser oído por el vecino.

* * *

Si la capilla era la mejor niveladora de las actitudes, el patio era el perfilador de los caracteres. Espontáneamente los muchachos se dividían en grupos; en torno de los más viejos apellidos, primero: los aristócratas nunca dejaban de tener una corte compuesta de seres anodinos, incoloros, aunque perfectamente conscientes de la escala de valores y de sus beneficios. Bajos y rastreros, tenían, no obstante, el criterio suficiente para no caer en esa confesión pública que se llama «el grupo»: grupo de los «artistas», de los viciosos, de los místicos, de los deportistas, de los «niños buenos». Los *pateros* no pertenecían ni siquiera al grupo de los *pateros*. Daniel tardó en comprenderlos, a ellos y a los otros. Creía encontrar grupos físicos, agrupaciones. No había tal. A excepción de los «niños buenos» que iban por los corredores en largas caravanas, y que él frecuentaba porque le parecían los menos molestos, los demás formaban misteriosas asociaciones unidas únicamente por un lazo moral. Tal vez afuera—quien sabe—tendrían sus conciliábulos... Daniel volvía a su quinta a la salida del colegio y no sabía nada hasta el día siguiente en que regresaba entumecido por el aire penetrante de los barrios altos. En el colegio,

no obstante, subsistía un eco hasta el día siguiente; en el recreo, en las filas, un run-run de proezas repetidas en voz baja, con gesto adusto y curiosidad que no lograban disimular.

Era difícil distinguir el grupo de los «artistas» de aquel de los viciosos. Viciosos lo eran todos por principio en cuanto se presentaba una ocasión. Glotones del placer como todos los niños, no dejaban que se les escurriera de las manos tan fácilmente. Debió haber una vigilancia especial de los maestros para que en seis años de colegio, Daniel pudiera seguir ignorando la tempestad que se agitaba en torno suyo. Sólo una vez, detrás del pizarrón, un compañero lo estrechó contra la pared, aparentando jugar. Daniel se defendió con indignación. El muchacho echó a la broma el incidente; Daniel lo siguió recordando una semana más.

Los *artistas* eran aquéllos que se apasionaban por las actrices y las bailarinas y que escondían en sus carpetas algún libro de Loti o de Jean Lorrain. Atrasados perpetuamente en sus tareas, consagraban el tiempo libre en ir a los teatros buscando conocidos que los presentaran a las vedettes. Una vez en los camarines—¡pecado horrendo!—les pedían una fotografía con autógrafo. Las artistas perecerían víctimas del entusiasmo erótico de sus admiradores si no existieran los retratos con autógrafo: son una gran solución. Para estos pobres muchachos también lo era: no habrían sabido qué hacer de sus ídolos en carne y hueso, echadas en sus brazos con todo el chichí del teatro y de los encajes. Habrían sido capaces de botarlas al suelo y echar a correr. Como sea, estos «artistas» vestían con elegancia; tenían una juventud algo marchita, en fin, todas las características del vividor; un vividor *de memoria*. En sus libros escondían recortes de revistas: la bailarina tal, mostrando las piernas y hasta una pequeña parte del muslo; la otra, que casi, casi se le veía la punta de los senos. Estas fantasías provocaban de tiempo en tiempo serios conflictos con los padres-inspectores y no era raro oír hablar de la expulsión de un «artis-

ta» por sus aficiones «incompatibles con la sana moral cristiana del Establecimiento».

Los viciosos, ellos, no eran tan ingenuos. No leían a Pierre Loti ni recortaban «monas» de teatro. Eran simplemente flojos, pálidos y espinilludos. Sabemos que ninguno de estos tres delitos puede justificar una expulsión. Sus hazañas eran conocidas por un grupo de iniciados, solamente: una comilona el domingo, con *harto trago* y una maritornes complaciente en un rancho de los suburbios. O bien, el «suplicio del tonto»: coger al más simple de la clase, atarlo de pies y manos en algún sitio solitario y ponerse a masturbarlo muy lentamente, sin término, hasta exasperarlo. Las demás cosas, como esas.

A Daniel le asqueaban. Decididamente, el demonio *que andaba como león rugiente* en torno a su adolescencia, era ordinario, de muy mala calidad. Qué poca simpatía le inspiraban los viciosos con sus costumbres tradicionalistas y groseras, sus caprichos de hijo de hacendado y sus orgullos de nobleza agrícola. Cada paso que daban era una copia de los mayores. No es lo propio de la infancia. Daniel seguía el camino natural de los niños: el descubrimiento de su propio «yo». Las aventuras de los grandes tienen un eco falso en los niños; les suenan a grosería, a cosa muerta, desprovista de frescura. Cuando Daniel sorprendió a la sirviente de la casa en pleno coito con el jardinero, por poco se le vacía el estómago. Aquello le dió náuseas y una ira profunda. Los compañeros viciosos le provocaban los mismos sentimientos. Por esto, no dejaba de ser paradójal verlo a él, lleno de pasiones y exuberante de vida, aburriéndose honradamente en el grupo de los «niños buenos», que lo recibían—era fatal—con los brazos abiertos: ese tipo de gente buena nunca comprende nada...

Estos «niños buenos» formaban con el grupo de los místicos algo así como un partido conservador dentro de la Iglesia; hombres a quienes no se les exige religión siempre que no

dejen de ser reaccionarios. Los demás muchachos no los querían. Los deportistas—cosa rara—les tenían cierta estimación distante, sin muchos compromisos. A veces se soliviantaban también y solían tomarlos por blanco de la pelota en sus eternas partidas, a ellos, que nunca corrieron ni sudaron en sus monótonas charlas peripatéticas. Es verdad que los deportistas *no se casaban con nadie*. Tenían una inteligencia motriz poco apta para la conversación que crea el grupo y las relaciones. Jugaban en calidad de individuos aislados que integran un todo. A veces, se reunían para elegir el capitán del equipo; era curioso, entonces, verlos discutir como campesinos de una lejana comarca en una oficina del Registro Civil.

Los viciosos sentían un gran temor por los «niños buenos». Cuando estaban juntos, lejos de hacer alarde de inmoralidad, procuraban tomar el tono medido de los santurrones. Tenían la tristeza sumisa del mal cuando no va acompañado de imaginación. Los «artistas» en cambio eran rebeldes. Por nada en el mundo habrían perdonado a los «buenos» su crítica cortante y despiadada. Se aborrecían hasta llamarse «imagen pervertida del demonio» o «encarnación del beaterío y de la mugre». Para Daniel fué siempre una incógnita esa condescendencia de sus amigos *beatos* para con los viciosos y su odio para los «artistas». Entre los últimos él tenía buenos amigos que habría frecuentado más si, para hacerlo, no hubiera tenido que andar de camarín en camarín. Como sea, los «buenos» no tomaron a mal esta traición de Daniel y la atribuyeron a lo que solían llamar «su espíritu excéntrico».

A lo mejor, era así.

VII

Pour la première fois dans l'histoire du monde, une civilization, arrivée au début de son déclin, peut discerner les causes de son mal.

Alexis Carrel.

La adolescencia se rompe cuando el niño, cansado de engendrar nuevas vidas interiores, exige que sea la vida quien le traiga de afuera una promesa de felicidad. No es posible contemplarla impunemente por años sin que nos venga el deseo de poseerla. Toda la juventud se escurre en esta persecución degalada. El muchacho ya no quiere soñar, y la vida se niega todavía—¿Sólo entonces?—a entregarle el fruto de sus ensueños.

Daniel bordeaba los diez y seis años. Era alto, ancho de espaldas, un poco pálido, boca carnosa y muy roja. Hablaba suavemente, pero sus cejas estaban prontas para tomar un pliegue iracundo a la menor contrariedad.

Daniel amaba su colegio. Lo amaba mucho más de lo que él mismo creía amarlo. Hay niños para quienes los colegios son lugares de tortura que los arrancan a la paz del hogar. Para Daniel, el colegio era el sitio de reposo y fraternidad que lo consolaba del frío de su vida. ¡Había crecido, nuestro niño! Los años habían hecho caer muchas hojas en esa quinta del barrio alto; muchas callampas habían salido en los inviernos y se habían vuelto tierra otra vez al pie de las araucarias negras; él ya no corría por los prados, medio desnudo, con un Virgilio en la mano. La brutalidad de la vida—ya entonces...—lo venía cercando poco a poco. La soledad le había arrancado hasta la última partícula de juventud que pueda encerrar un espíritu entusiasta. Sin embargo, persistía. Sabe Dios si lo más doloroso en él no era esta lucha de lo que es joven, por mucho que

se le marchite, que se defiende y puja por llenar el ciclo de vida que le corresponde. El colegio era, precisamente, el colaborador del destino para que pudiera cumplir ese ciclo. Allí, y más tarde en el cuartel, conseguiría salvar del naufragio una buena parte de su alegría. Ahora no le valían árboles ni nervuras ni botánicas. Los mismos libros—sus queridos libros—le resultaban despreciables; moneda falsa sin curso en el vivir. Estaba harto de soledad. Lo sentía mejor que nunca hoy, en este día último que ponía término al ligero intermedio de calor humano que le proporcionó el colegio. Había tragines, exámenes y carreras a la Universidad. Se hablaba de profesiones, del porvenir y del «mar de la existencia». Los discursos de despedida abundaban en lugares comunes donde la imagen del barquichuelo en la tempestad ocupaba un lugar tan honorable como falso. Daniel no le temía a la tempestad sino a la calma. La vida la imaginaba como una laguna inmóvil brillando desesperadamente al sol. Una laguna llena de bajíos y miasmas; un estancamiento parecido a la muerte. Suelto, libre, con esa libertad sembrada de obstáculos que se le antojaba la más terrible de las cadenas, no podía concebir ya una felicidad como la que había tenido en el colegio. Fuera de ahí, hasta los mismos compañeros tomarían el tono y la actitud hostil de las familias. ¿No les había ocurrido eso cada vez que volvían de vacaciones? ¡Cuánto tardaban en despojarse del ambiente extraño! En fin, entonces tardaban en adaptarse, pero lo conseguían. Ahora sería para siempre... Las inmundas familias triunfarían, con su orden, sus prejuicios, su tradición, esas cosas severas que separan los corazones de los muchachos. Unos volverían a ser ricos, otros pobres, todos extraños.

¡La vida! Que aliciente puede tener ya cuando no es posible seguir en un medio donde todo lo duro, lo infiel, lo indiferente que hiela al hombre de la calle encuentra ahí un espíritu común que recibe lo más hermoso que puede contener cada niño; donde las diferencias mismas acrecientan las mejores

partidas del alma, creando el renunciamiento y la amistad, esas flores de carne que sangran y dan perfume a la vez.

¡La vida! ¡La vida! Debería ser un gran colegio o un cuartel si quieren que interese a los hombres. ¿Las guerras inevitables no serían esa sed de comunidad tan difícil de saciar en la paz que ellos no vacilan en pagarla con sangre? Lo cierto es que los que vuelven son distintos de los que vimos partir; caminan como sonámbulos y traen en sus manos un mundo de ternura tan absurdo que llegamos a preguntarnos si no sería posible que en él, por fin, halláramos la felicidad.

Daniel pensaba estas cosas en la tétrica sala de examen, silenciosa como una capilla ardiente. De tiempo en tiempo, venían las preguntas del examinador, en voz baja, inexorable; luego la respuesta del alumno, en tono confidencial, inclinando el cuerpo hacia adelante, como queriendo empujar las palabras: otras veces, echado hacia atrás, con la mirada en el techo, crucificada, y unas respuestas rápidas como pájaros que se escapan en tropel marchitándose las alas.

Por la ventana de reja, se veía abajo un patio interior; un naranjo y el sol de diciembre lloviendo sobre el polvo de las barandas y corredores, secando el trapito del higrómetro fijado a la intemperie, contra la pared. Allí en la sala de examen estaban todos esperando su turno, con las miradas atentas a las preguntas, como si fueran visibles, y de tiempo en tiempo, clavados los ojos en el libro, que se desencuadernaba por entregar la página con «la pregunta que se me olvidó». Estaban todos; ¡y qué preocupados, qué apresurados por salir! Daniel los miraba con tristeza. El hubiera querido no moverse, no ser aprobado en el examen, seguir siempre arrullado por la campana en esa atmósfera tan suya: su vida.

Del otro lado del patio se divisaban las ventanas polvorosas del gabinete de Historia Natural. A través de los vidrios sucios, el sol iluminaba una boa, desteñida y descamada, que perdía el relleno por cada orificio. Así, toda fea y cubierta de

polvo, le parecía más fiel que sus compañeros de clase. Ella estaba contenta ahí. El año próximo se luciría con orgullo otra vez ante la mirada atónita de los nuevos alumnos del 5.º Volverían a tocarla con sus manos manchadas de tinta y a colocarle una larga pipa de madera en las fauces, pavorosamente abiertas.

¡Qué de recuerdos como ese se atropellaban en la mente de Daniel! Llegó hasta olvidar el sitio donde estaba, el examen, todo... Se veía el verano pasado en la cancha de fútbol, en Recoleta. Habían ido los de la clase para una partida inter-escolar ¡Qué raro le parecía verlos reunidos en el campo, con los cerros nevados al fondo como trozos de muros y rincones del colegio que hubieran botado, allí, en medio del pasto! Había el mismo ambiente, pero desplazado, quebrado en el cuadro más amplio de la cancha; algunos compañeros perdían algo de su prestigio físico; otros, en cambio, revelaban disposiciones desconocidas: una aureola de fuerza y destreza en torno a sus cuerpos que él había creído débiles.

Y aquella fiesta del Rector, en el teatro del colegio, en que tropezó en plena escena y por poco hace fracasar la obra. Y las horas de arresto en la sala lúgubre, durante el invierno, mientras afuera gritaban los internos y se paseaban los profesores mirando relumbrar las gotas de lluvia frente a los faroles amarillentos.

Y seguían más atrás: sus años de adolescencia, en Pedro de Valdivia; sus primeras letras; el viaje a Europa; el terremoto del año 6, la infancia... Un mundo casi esfumado, el de sus recuerdos; sin interés para nadie que no fuera él; un mundo ajeno al día de hoy. Sólo podía decir: «Ayer estaba allá, ahora estoy aquí», sin razones, porque sí.

Sin darle tiempo para orientarse nuevamente, el examinador llamó a Daniel. Se levantó con indiferencia, cansado de esos exámenes absurdos, verdaderas competencias de imbecilidad entre el profesor y el alumno. Las preguntas fueron sencii-

llas; las respuestas, acertadas, inteligentes. Daniel ya estaba recibido, libre.

En todo esto, no hubo un acto exterior que marcara el fin de los estudios. Aquí, como en tantas cosas porque debió pasar Daniel, faltó el «umbral», el acto que separa el pasado del presente. Ese día se fué a casa; volvió al colegio en varias ocasiones para buscar objetos suyos: libros, compases. Luego, las vacaciones, como en los años anteriores. Fué una partida insensible y triste; más dolorosa todavía, porque nada venía a herir su imaginación, permitiéndole detenerla para posar en ella su nostalgia. Como en los desaparecidos, faltaba la tumba donde poder arrodillarse y llorar.

Afuera estaba la Alameda.

Eran las cuatro de la tarde. Avanzó hasta el borde de la acera y miró a la derecha: la avenida titilaba bajo el sol. Miró a la izquierda: venía un taxi, y por la acera, una mujer con un canasto. Miró arriba: el cielo estaba desesperadamente azul. Volvió hasta la puerta del colegio y observó: los patios vacíos, los corredores, las bancas se cubrían con las fundas del silencio para esos tres meses de reposo.

Había que irse a casa, simplemente. Daniel pensó que este era un fin bien tonto para la novela tan larga de su infancia. ¿Cada parte de la vida habría de terminar así?

Agosto 13-1937.